

RINCON DE LENIN

El Genio de la Revolución

Por J. STALIN

Lenin nació para la revolución. Era, en verdad, el genio de las explosiones revolucionarias y el más grande maestro de la dirección revolucionaria. Jamás se sentía tan libre y tan radiante como en la época de las convulsiones revolucionarias. Esto no quiere decir que Lenin aprobase por igual cualquier erección revolucionaria y que siempre y en cualquier circunstancia fuese partidario de las explosiones revolucionarias. Nada de eso. Quiero decir con esto que jamás se manifestaba tan precisa y profunda la genial perspicacia de Lenin como durante las convulsiones revolucionarias. En los días de grandes vibraciones revolucionarias, Lenin florecía literalmente, se hacía clarividente, anticipaba el movimiento de las clases y veía como en la palma de las manos los probables zig-zags de la revolución. No en vano se decla en los círculos del Partido que «Hitch-sa nadar en las olas de la revolución como un pez en el agua.»

De aquí proviene la «increíble claridad de sus consignas tácticas y la audacia vertiginosa» de los planes revolucionarios de Lenin.

Recuerdo dos hechos especialmente característicos que señalan esta particularidad de Lenin.

PRIMER HECHO.—Periodo anterior a la insurrección de octubre, cuando millones de obreros, campesinos y soldados, azotados por la crisis, en la retaguardia y en el frente, exigían paz y libertad, cuando el Estado Mayor y la burguesía preparaban la dictadura militar en aras de los intereses de la «guerra hasta el fin», cuando la llamada «opinión pública» y todos los llamados «partidos socialistas» estaban en contra de los bolcheviques, calificándolos desdenosamente de «espías alemanes»; cuando Kerensky trataba de arrojarnos a la ilegalidad (y en parte lo consiguió); cuando todos los ejércitos de la alianza austroalemana, poderosos y disciplinados aún, hacían frente a nuestro ejército cansado y desmoralizado, y los socialistas de la Europa occidental se mantenían tranquilamente en bloques con sus gobiernos en nombre de la «guerra hasta el triunfo final...».

¿Qué significaba en aquella situación producir la insurrección? Producir la insurrección en semejante situación, era ponerlo todo en juego. Pero Lenin no temía arriesgar, pues sabía, veía con su mirada clarividente, que la insurrección era inevitable que la insurrección vencería y que la conseguiría barriendo

Era un «salto a la desnudez». Pero Lenin no le temía; por el contrario, iba a su encuentro, pues sabía que el ejército quería la paz y que la conseguiría barriendo



Buenos y malos tiempos

DE CARLOS LUIS SAENZ

La CASH Patriarcal

Soles de cien años han doblado la cal de sus paredes. Lluvias de cien años han resbalado por las tejas verdinegras de sus amplios techados. Son sólidas sus paredes de viejos y durísimos adobes. Han resistido temblores y terremotos. La armazón de sus techos es de maderas de cedro que el bisabuelo cortó con su propia mano en el bosque. Como la madera fue cortada en la buena época de la luna menguante, con ella han podido muy poco los comejenes, los terribles comejenes. Marcos de puertas y ventanas son así mismo de cedro. No hay mezquindad en las piezas de la preciosa madera empleada en ellas.

Cuenta la historia que el barco para los adobes estuvo pudriendose por más de seis meses y que fue amasado, tarde y mañana, por las personas de dos yuntas de bueyes. De allí esa solidez que puede resistir los años sin romperse.

Las habitaciones son amplias. Un tanto oscuras porque las ventanas no abordan. Se trazaron sobre un plano rectangular, pero el cordel del albarán construtor no mantuvo el paralelismo de las líneas en todo su rigor. Luego, ya construidas las más importantes: la gran sala esquinera, el espacioso dormitorio, la cocina amplísima, las otras fueron adosando sin una gran preocupación del delineamiento primitivo.

En el interior de la casa hay un gran patio. El patio está rodeado de galerones (cobertizos): el galerón de las carretas, el de la leña, el del café, el de los aperos. En este: yugos, coyundas, mectates, monturas, manillones, palets, machetes, el pilón de sacar café, zarandas, guacales, baldes escaleritas... y cajones, y barriles, en donde con frecuencia ondianas y ampollas las gallinas caseras.

Vamos a la estación de la T. S. H.—dijo Lenin—nos será útil. Con una orden especial relevaremos al general Dujonin, nombraremos como comandante en jefe del ejército a Krilensky y nos dirigiremos a los soldados por encima de la cabeza del mando superior del ejército con un llamamiento: detener a los generales, cesar las operaciones militares, relacionarse con los soldados austroalemanes, que provocaría el deseo de paz en todos los frentes sin excepción.

Es sabido que esta prevision revolucionaria de Lenin también se cumplió después con toda precisión.

La perspicacia genial, la rápida capacidad de captar y descifrar el sentido inintuito de los acontecimientos que se aproximaban, es la cualidad que ayudaba a Lenin a trazar la estrategia justa y la línea de conducta clara en los virajes del movimiento revolucionario.

En el patio está la pila de cal y canto. Pila monumental, con dos depósitos siempre colmados de agua fresquísima. El grifo chorrea día y noche sin cesar. En ella las mujeres lavan y cantan. En ella las vacas los ternerillos, los bueyes, los caballos beben a grandes sorbos cuando tienen sed. En los días de calor se bañan en sus depósitos las palomas de castilla y los comejenes que tienen sus nidos en los tapiales que rodean el solar.

Aquí en el patio crecen dos naranjos de ajetreado follaje y un esbelto arbollillo de guayab. A través de todo el patio se han tendido hilos de alambre, apuntalados por largas cañas de bambú. En estos alambres las mujeres tienden a secar al sol las ropas de la numerosa familia. Así, algunos días de verano, sol y viento, el patio toma apariencia de barco empavesado.

Cuelgan de los alambres las sábanas de hilo, deslumbradoras, los manteles nítidos, simulando velas desplegadas; cuelgan rojas frazadas, comisas de colores con las mangas vacías meciéndose como alas, pantalones, medias... Las cañas de bambú parecen los mástiles de un lindo velero.

A la sombra de los naranjos hay canoas de madera donde las vacas y los terneros comen caña dulce, zacate, afrecho; donde lamean, con regalo, la sal blanca.

También en el patio está el gallinero; armazón de caña que afecta la forma de una gran jaula empotrada en la parte de uno de los galerones. Las aves suben, bajan caminando sobre una larga veta de madera cruzada en todo su longitud por pequeños travessos: esta veta recuerda un puente japonés. Cercanos al gallinero están los cajones en donde las palomas de castilla tienen sus nidos.

Las gallinas escandalizan en el patio durante todo el día; escarbán en las boñigas frescas; saltan quitándose garrapatas a los bueyes; se comeen el maíz de las canoas; se suben en vuelos locos, eloqueando, a los tejados; corren desaladas tras una escarabajo o un chapulín verde; escarrean dentro de los galerones, en anuncio de recientes huevos; se bañan en el polvo e se espolvan, pesadas de color, bajo la sombra de los árboles.

Al fondo, una pequeña tapia, enrejada en marzo de guaias que florecen en uanjos, aguacateros, cipreses, auenos; allí mirlos, granados, uñas, jamaicas, limoneros; allí hierbas de mediana espuela de caballo, ruda, romero, salvia, men-

ta, zacate de limón, orégano, culantro, le coyote y de castilla; allí plantas de flores: rosas, miramelindos, claveles, dondiegos, varitas de San José, corazón tranquilo, azucenas, violetas; allí hojas de colores: chirritas, begonias, Corazón de María; allí, la linda enredadera de ojo de poeta y la de banderita española. Y en el último rincón, sobre la sucia acequia, el chiquero donde gruñen y engordan hasta cuatro cerdos.

Por años y años, la casa amanece con las campanas del Ave María del alba, y se duerme, temprano en la noche, cuando se apagan las candelas de las madres en los dormitorios. Las tareas de la casa son sencillas: en ella trabajan las mujeres; los hombres en el campo. Los niños, fuera de las horas escolares, juegan principalmente en el patio. En la familia hay biznietos, nietos, hijos, padres, abuelos, bisabuelos, primos, tíos, tías, parientes lejanos que se han recogido al amparo de la casa patriarcal; tres o cuatro entregados que son ya como de la familia y que en la casa sirven por años.

Sucédense los matrimonios, la familia se agranda y la casa como una clúecca que abriera sus alas para cobijar sus pollitos, se ha ido ensanchando, para ampararlos a todos, durante toda su vida, porque nadie se va de la casa, porque nadie puede dejar su ambiente de fácil paz. Sin embargo, en la familia se habla, como de una leyenda misteriosa, de un tío que se fué muy lejos, a Panamá: que se fué en busca de mayor fortuna o de olvido de amores fracasados, a emplearse en la construcción de un canal que iba a unir dos mares y que construía un moso trágico, llamado Fernández de León. También se habla en la casa de un proyecto futuro que tratan los mayores: el de mandar a Nueva York a uno de los muchachos que salió bien estudiante. A este propósito los mayores mencionan dólares y ventas de café en Londres. En la casa se venden leche, huevos, leña, achiote; el té es cocido a pilón y frutas del huerto: limones, limas, granadas.

En el verano, el patio está repleto de leña, que traen las carretas de los cafetales. Troncos de café, troncos de guachipeño, de madera negra, de poró. Todo el santo día resuenan en el patio los hachazos de los peones que convierten en astillas los dolorosos troncos.

En el verano vienen las carretas cargadas de mazorcas de maíz. En uno de los galerones se instalan las desgranadoras. Casi siempre

son mujeres viejecitas las que desgranan las mazorcas. Los niños se sientan sobre los grandes montones de tuzas y pelos de maíz a escuchar las conversaciones y los cuentos que les cuentan estas viejecitas. Entre ellas hay una que es la esposa de un viejo soldado del cincuenta y seis. Las mujeres de la casa recogen las tuzas mejores para envolver los pauchillos de achiote, y guardan pelo de maíz colorado, que es remedio para males de la vejiga.

En el verano vienen las carretas llenas de café maduro que es puesto a secar, parte en el patio, y parte sobre los tejados de los galerones. Este café, beneficiado en la casa, que es seco al sol, que luego es sacado a pilón, es el que consume la familia. Otras carretas vienen del Monte con chiverres y cubaces, otras con frijoles.

En la casa lo único que se compra es la carne, el pan y la sal. La sal se compra en Puntarenas, en el viaje anual que al puerto hace parte de la familia. La sal viene en grandes tarecos formados de hoja de bijagua, que son colocados para su conservación sobre el tinglado que está encima del fogón, en la cocina. Todo lo demás: maíz, frijoles de varias clases, verduras, viene de los cafetales o de las milpas que la familia posee en la provincia.

Las vacas no demandan gastos porque se tiene potreros cercanos a la ciudad donde se alimentan durante la cosecha de la leche. En estos potreros se mantienen así mismo los terneros y los caballos. Cuando las vacas ya no dan leche y los terneros se han convertido en novillones, son mandados a repostar al potrero del Monte. De allí vienen las vacas con sus lindos terneros recién nacidos. Los cerdos son alimentados con los desperdicios de la casa, con guineos y con maíz picado de gorgojos.

Con los sembrados del campo la familia tiene asegurado lo siguiente: tanto el maíz como los frijoles del año; en cuanto a los plátanos, no hay que pensar, ya que los racimos crecen y maduran en las copas que sombrean los cafetales; los chayotes abundan en las charteras de los cercados; en las milpas se siembran ayotes, chiverres y frijoles, que entran en las cunas secas del maíz.

Para los gastos de la familia las ventas anuales de la cosecha de café, dan dinero de sobra. La fábrica de café se vende, por adelantado, si se quiere, hasta en setenta y setenta y cinco colones, a cualquier beneficiador. La

Pasa a la 6a. página